

Cien veces mejor hubiera sido que os quedaseis donde estabais.

Este, este es el punto de vista en que debemos colocarnos. La cosa es seria; con que mirad más bien al fondo que á la forma de mis palabras, que no todos los días se dicen, ni ante todos, puesto que aquel que las dice comienza por entablar su propio proceso; pero lo que os digo es la verdad.

Adelante, pues; la vida religiosa es una muerte, pero que da la vida. Entendedlo así, y que el amor, que ha crucificado á nuestro Señor, os fije en la cruz con Él.



EL DON DE SÍ MISMO

PARA alcanzar la virtud de fortaleza y mortificación cristiana hay un medio, el más eficaz de todos, y único que puede perfeccionar á los demás: el amor de nuestro Señor.

Es menester que los medios de una virtud se ordenen con prudencia, y que la guíe el amor. De una vez llegó San Pablo á la perfección de Jesucristo mediante el amor de la cruz. Dios le derribó, manifestóse á Él en su amor y con esta sola frase: «Yo soy Jesús, á quien persigues», le reveló todo el amor de la Redención, del Calvario y de su muerte.—Pablo lo comprendió todo y se fué de allí repitiendo la gran expresión: «Me ha amado y se ha entregado por mí.» *Dilexit me et tradidit semetipsum pro me.*

Desde entonces tuvo en poco los mayores sacrificios; todo lo aceptó y entregóse á sí propio á Jesucristo, diciendo que él ya no vivía, sino que sólo Jesús vivía en él, para quien ya no había ni parientes, ni amigos, ni judíos, ni gentiles, ni vida, ni muerte, sino Jesucristo en todas las cosas: *Omnia et in omnibus Christus.*

Oidle: «Puesto que Jesucristo me ha amado, yo le amaré, pese á todo, y nada podrá impedirme que le ame.» — Las cosas temporales, las potencias espirituales, el hambre, la desnudez, la espada, la muerte, no, nada me separará de la caridad de Jesucristo, por quien triunfaremos de todo: *Sed in his superamus propter eum qui dilexit nos.*

Mas para esto considera como personalmente suyo el amor de Jesucristo y se pone como fin de este amor: «Me ha amado, á mí, á Pablo, me ha amado hasta entregarse á la muerte por mí.» *Dilexit me!* También yo le amaré y no conoceré sino á Jesús, y éste crucificado.

También Jesucristo á nosotros nos ha amado, y la prueba es que nos ha llamado al sacerdocio y á la vida religiosa; nos ha dado esta gracia de elección que renueva diariamente y la aumenta con nuevas gracias. Después de haber muerto en la cruz por cada uno de nosotros, muere diariamente en este Sacramento, donde también está para cada uno de nosotros. Si no hubiese muerto, subiría al Calvario para salvaros; y si ya no hubiera instituido el Santísimo Sacramento, lo instituyera para cada uno de vosotros. ¿No dice San Pablo *me ha amado*, reconcentrando en solo él todo el amor de nuestro Señor? — Tiene razón en ello y debemos obrar como él.

Para que el amor de Dios abraza nuestra alma hay que reconcentrarlo por completo sobre uno mismo, como si fuera en lente poderosa.

Para todos es la Redención, pero es íntegra para cada uno en particular; á semejanza del sol, que irradiándose á la vez sobre todos los seres, no os priva, sin embargo, de su luz y de su calor, como si brilla-se únicamente para cada uno de vosotros.

Es verdad que un hombre nunca vale tanto que merezca á Jesucristo, esto es, el don personal é individual del Hijo de Dios; pero si Jesucristo quiere amarle más de lo que merece, si quiere realizar excesos de amor para conquistar su corazón (porque excesos son la Cruz y la Eucaristía), ¿quién se lo impedirá? Es infinito en su amor y en sus dones, y el infinito, al darse, ni se divide ni disminuye.

Entremos ahora en lo que respecta á nuestra vocación. La Eucaristía, ¿no es toda para vosotros? ¿No se expone para vosotros el Santísimo Sacramento? La Iglesia os lo ha entregado en propiedad; por manera que mientras haya un religioso del Santísimo capaz de sostenerse en el reclinatorio, la exposición solemne y la adoración serán por Él y para Él.

Por lo tanto, Jesús os ama singularmente; ¿y acaso no viene todos los días íntegramente á sólo cada uno de vosotros?

II. ¿Cómo corresponder á ese amor personal, individual, con que Jesucristo se da entero á cada uno? La dádiva llama á la dádiva; y puesto que nuestro Señor se da á sí mismo con sus gracias, dadle, no sólo vuestras obras, sino á vosotros mismos.

Para comprender de qué manera debéis efectuar este don, mirad al mismo Jesucristo, entregándose á su Padre para ser su servidor.

Habiendo venido al mundo el Verbo eterno para ofrecer al Padre un sacrificio perfecto, comenzó ofreciéndole la humanidad que tomó y se unió, privándola de su personalidad natural y humana, con lo que la redujo á un estado de dependencia, esclavitud y sacrificio absoluto. — Pero el alma humana de Jesús, esta santa humanidad, acepta con amor durante toda su vida la privación en que se encuentra,

y gusta de manifestarla con sus hechos y palabras. En efecto: abrid el Evangelio y en él veréis á nuestro Señor rehusar, en cuanto hombre, el conducirse á sí mismo, el obrar y juzgar por sí propio y sobre todo el aceptar la gloria y el honor que pudieran tributarle.

Como hombre afecto á la persona del Verbo es como dice: «Nada puede hacer el Hijo del hombre que no haya visto hacer al Padre.»—«Yo hago todo lo que agrada á mi Padre.»—«No busco mi gloria, sino la gloria del que me ha enviado.»—Y además: «¿Por qué me llamáis bueno? Bueno no hay más que Dios.»

¿De qué procede esa insistencia en no atribuirse ni querer para sí cosa alguna? De que á la personalidad humana corresponde, y constituye un derecho del yo humano, el dirigir, conducir y recibir la gloria y el afecto; pero como nuestro Señor sacrificó su personalidad humana para depender únicamente de la persona divina del Verbo, y sólo vivir por ella, quiere permanecer fiel á su sacrificio y ostentar cumplidamente que solo ella es su principio y su fin.

Por esto nuestro Señor se halla en perpetuo estado de servidor, de víctima y holocausto, puesto que como hombre ha sacrificado lo que especialmente forma el orgullo y la gloria del hombre, el yo humano, la personalidad humana.

Por consiguiente, sus sufrimientos y Pasión no son más que el cumplimiento y la ejecución del sacrificio primitivo que de sí mismo hizo á su Padre desde que vino á este mundo: «No habéis querido más víctimas, y aquí me tenéis para reemplazarlas á todas.»

Pero lo maravilloso es que ese estado de absolu-

ta dependencia subsiste en nuestro Señor y permanecerá eternamente, pues en el Santísimo Sacramento y en el cielo, en todas partes donde está Jesucristo, el Padre le ve sacrificado en sí mismo, dependiendo siempre de la personalidad del Verbo y ofreciéndose en sacrificio á su infinita majestad.

Además de lo cual, vemos en la Eucaristía que nuestro Señor gusta de mostrar especialmente en ella dicho sacrificio interior, así por su estado de anonadamiento exterior como por su obediencia y dependencia respecto á todos los sacerdotes, y aun á todos los fieles.

Ahí tenéis de qué manera nuestro Señor fué el servidor de su Padre y cómo se entregó á Él para salvarnos y glorificarle perfectamente. Pues bien: podéis imitarle en este don de sí propio; pero ¡qué digo! ¡Si en este consiste vuestra gracia de vocación!

Estas palabras de vuestra regla: «Servirán á Jesucristo mediante el don de sí mismos,» consignadas en el más importante de sus capítulos, puesto que tratan de la adoración, os colocan en la obligación de imitar á nuestro Señor en su sacrificio de personalidad.

Cierto que no podéis destruirlos y sacrificar realmente vuestra personalidad humana, por cuanto que solo el Verbo, porque era Dios, gozaba de este poder sobre la humanidad, por Él unida á sí mismo para hacer de ella su víctima; pero podéis y debéis imitar por gracia y virtud lo que Él en realidad efectuó por su poder.

Y esto ¿de qué manera? Donando á nuestro Señor total y absolutamente vuestra personalidad, adoptándole en esta consagración por Dueño vuestro, no para algunos actos y de pasada, sino para siempre y en todo.

Para lo cual habéis de renunciar á ser vuestro principio, dándole á Él solo el derecho de dirigiros y trabajando para Él únicamente; es menester que os sometáis sin restricción á su voluntad sobre vosotros y sobre cuanto os pertenece, tanto en el alma como el en cuerpo, así en el presente como en el porvenir; es necesario que, dejando de ser una persona que á sí misma se posee y gobierna, no seáis otra cosa que un servidor, un miembro, un instrumento guiado por nuestro Señor, único que os manifestará su voluntad por la ley de vuestro estado, la obediencia á los superiores, los movimientos de su gracia y los acontecimientos de cada instante.

Se requiere además que sea vuestro único fin, que vuestros dones y virtudes, estudios y trabajos sean exclusivamente para Él, y que en todo no tengáis otro instinto que su agrado y gloria; vuestros méritos, sufrimientos y obras deben ponerse en sus manos como en las de quien os posee y es el único por quien obráis; los bienes de la gracia y aun los de la gloria debéis desearlos tan sólo como medio de amarle y glorificarle más: tal es el don del amor perfecto, que ama á Dios por Él mismo y porque lo merece, aunque ninguna otra razón hubiera para amarle. — No por esto excluimos los demás motivos de amor, sino que os proponemos el más perfecto.

¿Comprendéis cuán hermosa es la gracia, que se os ha dado en vuestra vocación, de constituirlos en el deber de hacer á Dios un sacrificio de personalidad análogo al que hizo Jesucristo, el Verbo encarnado?

Digo que ésta es la gracia propia y distintiva de nuestra vocación. — Así como el franciscano se distingue entre todos por su pobreza y renuncia de toda

propiedad, y como cada Orden tiene su virtud propia y dominante, así el carácter de vuestra vocación es el don de vuestra personalidad, la renuncia, no sólo de cuanto se tiene, sino de todo cuanto uno es.

El estado religioso no exige ese don formal; basta el dar la voluntad, los bienes y el cuerpo mediante los tres votos; pero nuestra vocación nos pide además que demos nuestra personalidad.

Acordaos bien que no debemos ser sino sombras humanas, á manera de especies cuyo sujeto vivo y personal sea el Santísimo Sacramento.

Este don no es cosa nueva en sí misma, pues ya San Pablo decía: «Yo no vivo, sino Jesús es quien vive en mí». — Enseñaronlo algunos Santos y todos lo practicaron; porque, ¿cómo llegar á la santidad sin darse totalmente á Jesucristo para ser absorbido por Él?

Mas si es cosa nueva en cuanto la proponemos como virtud dominante de toda una Asociación; porque practicado este don por aquellos que sintieron hacia él particular atractivo, nunca habría sido propuesto como ley general y universal que debiese servir de punto de partida y fundamento de la perfección religiosa para una corporación entera, sino que se le miraba como consumación de la santidad y patrimonio de un reducido número, por más que la *Imitación* dice: «La oblación espontánea y total de vosotros mismos debe preceder á todas vuestras operaciones si queréis adquirir la gracia y la libertad verdadera.» (Lib. IV, cap. VIII.)

Por eso lo damos nosotros como el medio elemental de la santidad para todos, como la clave misma de la perfección eucarística, cuyo trabajo completo

consistirá después en perfeccionar este don y purificarlo cada vez más.

Hacémoslo nosotros porque comprendemos que tal es la mejor manera de participar del estado de adoración de nuestro Señor en el Santísimo Sacramento, donde adora á su Padre por medio de su anonadamiento personal.—Por lo tanto, adorémosle también á él mismo, y juntamente con Él al Padre, mediante el anonadamiento de nuestra personalidad.

Tales son vuestra gracia y vuestra virtud, la cual es para vosotros y para las almas del mundo que se sientan atraídas hacia el Santísimo Sacramento. Estudiadla, y si llegáis á comprenderla bien, abriréis una nueva senda en la piedad, aunque no en ella misma, sino en la práctica: tal es la gracia de la santidad por la Eucaristía.

III. Pero así como nuestro Señor ha manifestado el don que de sí mismo había hecho á su Padre por su vida de continuo sacrificio, deberéis, luego que á Él os déis, abrazar como Él la cruz y la muerte de cruz por amor y con alegría; pues como ese don no puede efectuarse sino por amor, también por amor habéis de sacrificaros para realizarlo.

Nunca nuestro Señor tuvo un gusto natural, sino que en todo buscó el agrado de su Padre: tal es el verdadero amor. Y ahora os digo que si no amáis á nuestro Señor, no amaréis su cruz; podréis realizar actos que por algunos instantes sacrifiquen, pero no viviréis en el estado de un crucificado ni perseveraréis; haréis lo estrictamente necesario para salvarse, mas no serviréis á Dios ni le glorificaréis del modo que debéis hacerlo, en conformidad con su llamamiento.

Amadle, pues, y sufrid por Él, pero en razón á que

os ha amado. Cuando vayáis á hacer algo, examinad de qué manera lo hizo nuestro Señor, penetrad en sus intenciones y practicadlas como Él; ya conocéis su vida.

Si la acción que váis á ejecutar no la refieren los Evangelios, haceos esta pregunta: «¿Cómo la hubiera hecho nuestro Señor?» Consultad vuestra gracia, su voluntad en vosotros, y proceded por analogía: de este modo tendréis un modelo que reproduciréis, y estaréis en vuestra acción unidos á Él como el instrumento á la mano que le mueve; formaréis sociedad con Él y no seréis sino uno; Él la cabeza y dueño; vosotros el miembro y el servidor.

Pero procurad siempre á toda costa agradarle. Bueno es imitar, pero es más perfecto agradar. No os contentéis con lo que se os exige, sino que tan pronto como penséis que algo le agrada, ponedlo por obra.

Amadle cada uno según vuestro estado y vuestra gracia. Los jóvenes aman más por el corazón y por virtud generosa; los hombres formados, por virtud positiva y por razón; los ancianos por el sacrificio de resignación, porque todo los abandona. Por consiguiente, amadle según vuestra gracia y edad; lo único que importa es que le améis más que á todo y que á todos. El amarle más será la recompensa de vuestros sacrificios, única que debemos ambicionar, quedando de su cuenta el darnos otras.

Cuanto más le amemos, más abundantemente nos dará á gustar la suavidad de su amor, la dulzura de su corazón, las delicias de la conversación con Él; pero le amamos tan poco, que muchas veces no saboreamos esas inefables delicias.—¿No os sentís humillados por no experimentar nada puestos en

vuestro reclinatorio? — Por lo tanto, pedid á Jesús sacramentado con incesantes sacrificios que os haga sentir su corazón, aumentando en vosotros su amor. Procurad encontrar ese corazón tan tierno, y cuando lleguéis á dormiros en su pecho. ¡ah! permaneced allí mientras podáis y bebed en la fuente del amor.

Si amáis, creceréis en la energía y potencia de la mortificación, á la que iréis como por necesidad; pero si amáis poco, ¡ay! ¡cuán escasamente mortificados seréis! — La mortificación es la medida del amor y piedra de toque de la santidad; así es que si predicarais magníficamente y convirtiéseteis al mundo entero, si carecéis de esta virtud, sois como el agua bautismal que purifica al neófito y que marcha á perderse en la sentina.

Que sea, por consiguiente, alma de vuestra alma esta mortificación del amor.

Amad, y cuando os halléis en presencia del sacrificio, decid: «¡Oh Dios mío, que tanto me habéis amado, haré esto para ofreceros un poco de amor!»

Después de este acto de amor, el sacrificio dejará de seros penoso, por estar ya concluído en vuestra voluntad y en vuestro corazón.



HAY QUE HACERLO TODO BIEN

HABRÉIS notado que en este retiro apenas os hablo de nuestro Señor ni del Santísimo Sacramento. Es porque hay tiempo para todo y ahora se trata, no de Él, sino de vosotros, y este retiro tiene por objeto convertirnos en buenos servidores de su Persona divina, purificándoos de las faltas que cometéis en tal servicio y moviéndoos á adquirir las virtudes que son en él necesarias.

I. He aquí lo que decimos hoy: hay que hacerlo todo bien; es menester que Jesús sacramentado pueda decir de nosotros lo que decían de nuestro Señor: Todo lo hizo bien: *Bene omnia fecit*. Todo y cada cosa en particular. *Age quod agis*. Haz bien lo que estás haciendo, dice la *Imitación*: hay que estar enteramente en lo que se hace.

Todas las acciones tienen derecho á ser bien ejecutadas. El día de un religioso del Santísimo Sacramento es una cadena cuyo primer eslabón se anuda por la mañana á la Eucaristía y junto al cual por la noche debe colocarse el último, sin que deba interrumpirse ni desigualarse, lo mismo en el metal de los anillos que en su forma, pues todos deben ser eu-

carísticos, formados de gracia y de amor eucarísticos y sirviéndoles de modelo la Eucaristía. — Tan acabadamente debéis ejecutar cualquier trabajo manual como la adoración y comunión, porque vuestras obras toman su mérito del Señor, que os las prescribe y para quien las ejecutáis.

Todos los actos de nuestro Señor eran divinos y de un mérito infinito, porque la persona del Verbo que los dirigía y se los apropiaba era divina; igualmente todas vuestras obras deben ser religiosas y eucarísticas, ejecutadas según vuestra gracia de religiosos del Santísimo Sacramento, de la cual deben sacar su respectivo valor.

Todo cuanto tenéis que hacer aquí es una parte de vuestro servicio eucarístico; de modo que si os inspiráis en este principio, lo mismo querréis una cosa que otra, pues todas son indiferentes en sí y su mérito no procede sino de la voluntad de nuestro Señor, que os las preceptúa por la regla; de suerte que si realizáis una acción heroica, que no os hubiesen mandado, en vez de otra sencilla y común que os prescribiese la obediencia, sería una obra de muerte y reprobada por Dios; pues únicamente es bueno lo que para su servicio os ordena. — Indudablemente ciertas acciones nos acercan más á su adorable Persona y se ejecutan bajo su mirada; son más consoladoras y honrosas; pero abandonar un cargo dado por la obediencia para venir, por ejemplo, á la adoración, á los pies de nuestro Señor, fuera mal hecho, porque sobre esta obra no ha puesto el sello de su voluntad, y así no la recibe.

II. Para que una acción esté bien hecha, requiere ciertas condiciones particulares.

Lo primero es menester que Dios la quiera. — To-

dos nuestros actos son indiferentes: lo cual es verdad sobre todo para los que viven sujetos á la obediencia. — En cuanto á los que viven en el siglo, que conservan su libertad, deben decidirse preferentemente á esto sobre aquello, conforme á las circunstancias, pues disponen de su vida dentro de los límites señalados por la ley de Dios. Mas en lo que toca á nosotros, la obediencia iguala todas nuestras acciones, por lo cual hay que ejecutarlas conforme á lo que ella indica. La regla os fija la ocupación ordinaria de vuestra vida; la autoridad viviente, el Superior, determina lo demás de vuestras acciones, y, por último la necesidad del orden os determina en algunos casos lo que debéis practicar.

Para obedecer á la regla y á vuestro Superior, todo debéis abandonarlo, incluso las comunicaciones con Dios; de modo que si recibieseis una revelación contraria á vuestra regla, deberíais ateneros á vuestra regla y creer que aquello maravilloso no pasaba de ser una ilusión, porque Dios no puede hablar contra la regla.

Hay quienes prefieren gustosos su sentimiento interior á lo que les prescribe la autoridad, y que anteponen su inspiración personal á la de la obediencia: éstos son protestantes en la vida espiritual, y abundan en nuestros días más que en otro tiempo alguno. — Cuando la fe disminuye, aumenta la ilusión. Á todo el que para excusar su tenacidad en sus juicios y desobediencia os diga: «Estoy en lo maravilloso y sobrenatural: el mismo Dios me ordena obrar así», escuchadle con paciencia, y luego, sin contestar á lo que hubiere dicho, dadle esta sola respuesta: *Discite a me, quia milis sum, et humilis corde*, y dejadle en su pretendido estado sobrenatural,

Aunque el mismo nuestro Señor se hallase en vuestra celda con vosotros, deberíais dejarle para trasladaros adonde mandase la campana.

Hay, sin embargo, inspiraciones interiores que inducen á ejecutar esta ó aquella obra, y de las cuales unas son verdaderas y otras falsas; por lo cual, para saber si proceden de Dios, consultad la regla.—¿Nada dice?—Consultad su espíritu.—Y si queréis ser perfectos, id á pedir parecer y permiso á vuestro Superior, de lo cual exceptúo únicamente la oración en la celda, pues podéis dedicaros á ella siempre que estéis libres de obediencia particular.

III. Para juzgar del grado de bondad de nuestras acciones, recordemos también este axioma: *Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu.* «Para que una acción sea buena lo ha de ser por todos conceptos, pues un solo defecto que presente basta para viciarla por completo.»

Por eso es menester que una acción, antes que nada, se ejecute de conformidad con su naturaleza; la adoración, según el método que se os enseña; el estudio, según las reglas; los cargos, según el uso adoptado.

Es menester que se haga en su tiempo.—Si por iniciativa propia alteráis el tiempo destinado á una cosa, la viciáis, porque la gracia de Dios se halla adherida á aquella hora y es un correo divino que no aguarda.—En el oficio divino, por ejemplo, el ángel de Dios, el ángel de la oración viene al principio á dar á cada uno la gracia de rezarlo con recogimiento; pues bien, si no estáis allí, veréis cómo rezáis mal el Oficio; lo cual, sin embargo, no sucedería si la obediencia fuese quien os hubiera detenido en otra parte, ó si el retraso no hubiera sido

por culpa vuestra; porque en estos casos nuestro Señor responde por vosotros y os reserva vuestra gracia.—Nunca olvidéis que es un insulto hacer que nuestro Señor aguarde.—¡Por lo tanto, tengamos en su obsequio el orgullo de desempeñar bien nuestro servicio!

Nuestras acciones deben ejecutarse en su debido lugar.—La gracia también está afecta á los sitios, y en ellos está la gracia si la regla os quiere en ellos; allí está la gloria de Dios: la Iglesia enriquece con indulgencias los lugares, y la obediencia los santifica.

También deben hacerse según sus circunstancias y conforme á su particular manera; por lo cual no hagáis magníficamente una acción que debe ser sencilla; ajustaos á la forma exterior y ya aceptada de cada cosa, porque el servicio de nuestro Señor compónese únicamente de actos cuya forma está prescrita; ateneos á ésta que os da el cuadro de vuestra obediencia.

Además se necesita dar un alma á nuestras acciones, y es la pureza de intención; no hagáis vuestras acciones ni por orgullo si en ellas lográis éxito, ni por despecho, si no lo conseguís, pues estos móviles son gusanos roedores que aunque dejan á la acción un buen aspecto, la destruyen, no obstante, en su interior. Sea siempre sobrenatural vuestra intención; hacedlo todo por amor á nuestro Señor, pues aunque esto no es necesario para que la obra sea meritoria, ya que para ello basta cualquier motivo de virtud: ¡cuán preciosa y grata es á Dios una acción efectuada por amor!

También habéis de tener fidelidad en hacerlas, dándoles toda su integridad, sin descuidar nada en

ellas, puesto que ni una partecilla del don de Dios debe perderse, ya que hasta las migajas son perlas en el servicio de nuestro Señor.

Por último, dadles como fin y vestidura la humildad: que todas tiendan á aquella humildad en que nuestro Señor se envuelve en el Santísimo Sacramento, la cual os preservará de la vanidad y desaliento. — San Bernardo dice que Dios no pide ni mira el resultado, sino el cuidado puesto en cumplir su voluntad; obténer resultado ó no obtenerlo, es meramente secundario.

Guardad atentamente estas palabras, que son aplicables á todos los días y á todas las acciones de vuestra vida religiosa.



LA SANTIDAD POR LA REGLA

LA ley de vuestra santidad y la condición de la gloria de nuestro Señor en vosotros, así como la fuerza de duración y de acción de la Congregación, consisten en la observancia de la regla.

Y aunque se puede ser santo sin una regla religiosa, esta santidad no puede ser la vuestra.

Hay que distinguir entre regla y reglamento; pues éste es la regla material, la nomenclatura de sus prescripciones positivas, la consigna, el orden de cada acción; mas la regla es el espíritu de vuestras acciones, la ley interna, la forma de la santidad, la que efectúa la educación espiritual.

Quiero decir que sólo podéis hacer os santos por la práctica perfecta de vuestra regla, porque Dios no os ha creado sino para ser religiosos del Santísimo Sacramento; todo en vosotros está ordenado para esta gracia y esta vida, y la regla es el Evangelio aplicado á vuestro temperamento y á vuestras necesidades. El Evangelio es la ley general; la regla, la ley particular. Aunque todas las corporaciones reli-